

FÉLIX G. MODROÑO

SECRETOS
DEL
ARENAL

XLVI PREMIO DE NOVELA
ATENEO DE SEVILLA

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de honor), Miguel Cruz Giraldez, Ramón Pernas, María A. Prior Venegas, Miguel Ángel Matellanes y Luis del Val. La novela *Secretos del Arenal*, de Félix G. Modroño, resultó ganadora del XLVI Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

Primera edición: octubre, 2014

© Félix G. Modroño, 2014
© Algaida Editores, 2014
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-122-1
Depósito legal: SE. 1527-2014
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO	13
1.....	15
2.....	21
3.....	31
4.....	35
5.....	43
6.....	51
CAPÍTULO I.....	55
7.....	57
8.....	63
9.....	67
10.....	73
11.....	83
12.....	91
CAPÍTULO SEGUNDO.....	95
13.....	97
14.....	103
15.....	111
16.....	117
17.....	127
CAPÍTULO II	135
18.....	137
19.....	141
20.....	149
21.....	157

22.....	161
23.....	169
24.....	175
CAPÍTULO TERCERO	181
25.....	183
26.....	193
27.....	199
28.....	205
CAPÍTULO III	215
29.....	217
30.....	225
31.....	233
32.....	241
33.....	249
CAPÍTULO CUARTO	259
34.....	261
35.....	267
36.....	277
37.....	287
CAPÍTULO IV	293
38.....	295
39.....	301
40.....	307
41.....	315
42.....	323
43.....	331
CAPÍTULO QUINTO	345
44.....	347
45.....	353
46.....	359
47.....	373
48.....	377

A mi padre

Una muerte violenta cambió mi vida. Y si bien el paso del tiempo ha conseguido atemperar los recuerdos del dolor, raro es el día en que su cadáver no se me viene a la cabeza, creando un sustrato de niebla que subyace en todos mis pensamientos y agudiza mi melancolía.

Es curioso cómo, a pesar de lo ocurrido, mi conciencia está tranquila. Más aún con el discurrir de los años. Todo aquello transformó el dibujo de mi sonrisa, haciéndola más triste, quizás también más sincera, aunque no destruyó mis ilusiones.

De niños fantaseamos con lo que seremos en el futuro, sin saber que un solo segundo es suficiente para marcarnos, para influir en nuestro carácter, para virar nuestro destino.

Ignoro si es fortaleza o ensoñación, tal vez solo instinto, pero cuando la parca se cruzó en mi camino, dificultando su tránsito hasta el punto de tener que tomar otro distinto, mi imaginación jamás dejó de recorrer aquel que las circunstancias me obligaron a abandonar.

Me resisto a creer que los anhelos de la infancia se puedan evaporar. Necesitamos todos nuestros sueños para seguir

sintiéndonos vivos, para no convertirnos en autómatas de una civilización en decadencia, para huir de una cotidianidad anodina. Esos mismos sueños son los que nos empujan a tomar decisiones ante las que nuestra razón se acobardaría, los que configuran nuestra vida oculta: esa que no compartimos con nadie, esa que nos obliga a preservar nuestros secretos. Porque hay secretos que son inconfesables.

CAPÍTULO PRIMERO

SUELE OCURRIR QUE EL TIEMPO Y LA DESMEMORIA SE conjuran para que no recordemos el preciso momento en que vimos a alguien por primera vez. Si ha mediado un apretón de manos o dos besos de cortesía —jamás entenderé esta absurda costumbre de poner los labios o la cara en mejillas de gente a la que no se conocía un segundo antes— puede que nos acordemos con más facilidad. Pero si lo único que hay es un cruce de miradas resulta más complicado, salvo que vaya acompañado de algo más: por ejemplo, una cautivadora sonrisa.

Recuerdo a la perfección mi primera imagen de Mateo. Corría el mes de octubre de 1995. Fue a través del visor de mi cámara, una vieja Nikon que llevaba años arrumbada en la casona de mis padres. A pesar de estar concentrado en los aromas de un misterioso vino, retiró fugazmente su nariz de una de las cinco copas negras que tenía delante y me sonrió. Apenas un instante, en el que realicé un único disparo. Acto seguido, cerró los ojos de nuevo y volvió a imbuirse en los efluvios del caldo cuyo

nombre, bodega, añada y características se encontraba a punto de concretar solo con su olfato.

En aquella época, yo acababa de terminar mi carrera de Ciencias de la Información y trataba de abrirme camino ejerciendo de periodista *freelance*. Cualquier cosa con tal de estar alejada de los viñedos familiares, de los que renegaba tras el asesinato de mi única hermana. Mi primer trabajo remunerado fue para una joven revista especializada en vinos y gastronomía y consistió en cubrir un concurso en el hotel Carlton de Bilbao, donde se elegían a los sumilleres de la zona norte que luego participarían en el campeonato estatal, como si un hado burlón disfrutara a costa de no dejarme escapar de mi destino, recordándome que allá donde fuera mis raíces se hallaban engarzadas con las cepas de unos majuelos alaveses. Claro que pronto averigüé que nuestra bodega participaba en la financiación del evento, con lo que ese hado burlón tenía nombre y apellido: el de mi padre, que probablemente había intervenido para que me encomendaran el reportaje.

Él nunca me lo dijo y yo nunca se lo pregunté. Ni él ni yo fuimos jamás de mucha conversación. Le oí decir alguna vez que las palabras sobraban ante las miradas sinceras. Pero mi madre solía reprocharle su hermetismo, acentuado tras aquella trágica noche de 1989 en que desapareció su primogénita.

Lo cierto es que, a pesar de todo, nos asemejamos bastante. Ninguno de los dos volvimos a hablar en público de mi hermana. De eso ya se encargaba mi madre, quien parecía consolarse mentándola a todas horas. Sin embargo, yo era incapaz de pronunciar su nombre en voz alta.

Lo más que he llegado es a susurrarlo a veces, siempre a solas. Cuando la casa estaba vacía, aprovechaba para colarme en la buhardilla donde jugábamos de niñas y daba rienda suelta a mi aflicción en busca de una catarsis imposible.

Suele sucederme que, incluso rodeada de gente o realizando una actividad mecánica, me quedo colgada de una nube, absorta en una vorágine de pensamientos recurrentes. Fue una voz al micrófono, acompañada de una estruendosa ovación que invadió cada recoveco del salón oval, la que me obligó a fijarme en lo que sucedía. No me gusta definir esos instantes como regresos a la realidad, porque me niego a creer que la realidad sea objetiva. Y, desde luego, cada uno la percibe según su bagaje emocional y cultural.

Los asistentes aplaudían a un joven sonriente, de unos treinta años, que lanzaba un brindis al aire con aquella copa negra cuyo contenido acababa de describir con la suficiente elocuencia como para convertirlo en el vencedor del concurso. Esperé paciente a que se apagaran los ecos de los *flashes*, parabienes, preguntas y palmadas en la espalda que el sumiller soportaba con aparente estoicismo. Poco a poco, se despejó el gentío a su alrededor y aproveché para acercarme a él. Por fortuna, en medio de mi ensimismamiento, había conseguido oír el fallo en boca del presentador, además de los nombres de los cinco vinos elegidos para la cata a ciegas.

—Mi más sincera enhorabuena. Me llamo Silvia Santander y me gustaría hacerte una foto para la revista *Vino y Gastronomía* —le tuteé, utilizando el nombre artístico

creado para la ocasión, y con el que a partir de entonces firmaría siempre todas mis fotos.

—Encantado, Silvia. Mateo Uriarte —me respondió, ofreciéndome la mano para que se la estrechara, sin dejar de sonreír. El mero hecho de que no diera por sabido su nombre me reconfortó y provocó que enseguida me sintiera a gusto con él—. ¿Cómo quieres que pose? Te advierto que no ando ducho en estas lides.

Estuve por contestarle que yo tampoco era una experta en retratos, pero supongo que mi juventud me delataba. En cualquier caso, traté de encubrir aquella bisoñez.

—¿Qué tal si finges catar una de las copas negras en medio del salón?

Quise creer que mi pregunta simuló una firme sugerencia. Mateo se dirigió a una gran mesa corrida y regresó con su copa al centro de la estancia. Mientras, aproveché para reducir la profundidad de campo de mi cámara. Él se acercó el recipiente a la nariz y cerró los ojos. Me moví unos pasos buscando un encuadre apropiado; no obstante, a pesar de que el fondo se encontraba desenfocado, aún se distinguía gente pululando por el salón.

Entonces se me ocurrió agacharme y fotografiarle desde abajo. Así aparecería como escenario la majestuosa vidriera policromada del techo. Su atuendo deliberadamente informal, con zapatillas deportivas, camisa blanca por fuera de los vaqueros y una chaqueta azul con un pañuelo en el bolsillo, no le restaba ni un ápice de elegancia. No sé por qué se me vino a la cabeza mi idolatrado Cary Grant en *Atrapa a un ladrón*. Desde luego, a mí me resultaba más cómodo mirarle parapetada tras el visor de la

vieja Nikon. Mateo posó durante unos minutos, aparentemente concentrado, en los que no dejé de disparar hasta que se me encasquilló la palanca de arrastre.

—¿Toca cambio de carrete? —me preguntó.

—No, gracias. Eres muy amable. Creo que hay suficientes —le dije, pulsando el botón de rebobinado.

—Espero que pueda ver alguna. Si no han quedado bien, habrá sido por culpa del modelo —su voz albergaba cierta coquetería canalla que contrastaba con la limpieza de sus ojos profundos y oscuros.

No supe qué contestar. Estaba segura de que los seis o siete años que tendría más que yo le daban bastante ventaja. Además, ya no contaba con la cámara para protegerme y su mirada me perturbaba.

—Con suerte, alguna aparecerá en la revista —repu-se, guardando el equipo en la bolsa.

—¿Te vas?

—Sí, quiero acercarme al laboratorio, antes de que cierre, para que me revelen pronto los negativos.

—¿Por qué no tomas algo con nosotros? Vamos a celebrarlo en el bar del hotel.

—No sé...

—Limón, mandarina... bergamota con aromas verdes: albahaca, romero... ¡y cilantro! De fondo, encina, vetiver y sándalo.

—¿Eso qué es?

—Las notas olfativas de tu perfume.

—¿Y te funciona? —quise saber, ahora con una sonrisa abierta.

—¿El qué?

—El sistema para convencer a las chicas de que tomen una copa.

—Solo lo utilizo como último recurso.

—Absolut con zumo de naranja —le contesté, cargando la bolsa al hombro, casi sin mirarle.